

La incertidumbre en las ciencias sociales

Isabel Rueda Peiro*

La crisis global, prolongada durante más de dos décadas, con efectos devastadores sobre la mayoría de la población al profundizar las desigualdades y provocar situaciones de degradación económica, social y ambiental, es discutida de manera polémica a partir de la reflexión acerca de la vigencia del marxismo como teoría científica —confrontada con la realidad—, más allá de los planteamientos dogmáticos que no han tenido capacidad para definir alternativas; o, ¿es que sólo queda la opción entre dos formas de capitalismo? El núcleo del problema es ¿cómo construir una sociedad equitativa y justa, estableciendo límites a la fuerza del mercado y a la hiperconcentración del ingreso?

The global crisis, lasting over two decades, with devastating effects on the majority of the population as a result of the increased inequality and situations of economic, social and environmental degradation it produced, is discussed polemically on the basis of a reflection on the validity of marxism as a scientific theory, confronted with reality, beyond the dogmatic proposals that have been unable to define alternatives or is it just that one is simply left with a choice between two forms of capitalism? The essence of the problem is how to construct a reasonable, fair society, by placing limits on the strength of the market and the excessive concentration of income.

En aggravant les inégalités et en provoquant des situations de dégradation économique, sociale et écologique, avec ses effets dévastateurs sur la majorité de la population, la crise mondiale, qui sévit depuis plus de vingt ans, est l'objet d'une polémique concernant l'actualité du marxisme en tant que théorie scientifique —dans sa confrontation avec la réalité— qui va au-delà des prises de position dogmatiques qui n'ont pas été capables de proposer d'autres solutions: ne reste-t-il d'autre option que d'avoir à choisir entre deux formes de capitalisme? Le noeud du problème est le suivant: comment construire une société juste et équitable, en posant des limites aux forces du marché et à l'hyperconcentration des revenus?

* Investigadora del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

Quizá el elemento más sobresaliente de las ciencias sociales en este fin de milenio es su incertidumbre ante la crisis global de gran envergadura que ya dura más de dos décadas, sus devastadores efectos sobre la mayoría de la población mundial y la falta de alternativas frente a esta situación.

La perplejidad de los científicos sociales adquiere signos triunfales para unos y de angustia para otros, pero nadie acierta a plantear seriamente cómo pueden resolverse los enormes y crecientes problemas que agobian a la humanidad: desigualdad cada vez mayor en el desarrollo económico y entre opulencia y miseria (entre las naciones y al interior de cada una de ellas), desempleo, pobreza extrema, destrucción del medio ambiente, violencia, criminalidad en todas sus formas, en fin, la deshumanización del hombre.

¿Es que sólo queda la opción entre dos formas de capitalismo?

Con el derrumbe del llamado socialismo real, los teóricos del capitalismo proclaman inmortal a este régimen,¹ dan por desaparecida la lucha de clases, argumentan el fin de las ideologías (excepto la burguesa) y el único sitio que asignan como digno del marxismo es el desván de los trastos viejos.

Para algunos autores, como Michel Albert, en adelante el enfrentamiento se dará entre dos formas de capitalismo, "dos hermanos enemigos" con lógicas antagónicas: el anglosajón (o neonoramericano) y el renano (germano-nipón). En el primero, que se precipita hacia la decadencia histórica, dice, predomina el accionista, el éxito individual y el beneficio financiero a corto plazo. En el segundo, la eficiencia empresarial se basa, según el autor, en un amplio consenso social, en la calidad de sus servicios y en la solidaridad entre todos sus miembros (patrones y obreros, clientes y proveedores).²

El diagnóstico de Albert sobre el capitalismo anglosajón parece acertado. No cabe duda que la pérdida de competitividad de la industria estadounidense, sus déficit del presupuesto federal y

¹ Por ejemplo, Francis Fukuyama declara el fin de la historia. Esto lo veremos más adelante.

² Cfr. Albert, Michel. *Capitalismo contra capitalismo*, México, Ed. Paidós, 1992, pp. 82-117.

de la balanza comercial, y la desigualdad económica y social se profundizaron en la década de los ochenta.³ El fracaso de la política monetarista, adoptada por Reagan y Bush con la pretensión de revitalizar el capitalismo estadounidense disminuyendo el papel del Estado, se muestra en la pérdida de empleos industriales y en la relativa regresión de la calidad de sus productos y de la eficiencia de sus empresas frente a sus principales competidores.

Sin embargo, cabe preguntarse ¿cómo sostener una visión apologética del modelo germano-nipón cuando el desempleo en Alemania pasa de una tasa de 4.9% sobre la población activa en 1990 a una de 10.1% en 1993, y cuando en Japón dicha tasa asciende, en estos años, de 2.1 a 2.5%?⁴ ¿Será posible mantener la moral y la solidaridad de los trabajadores que temen perder el empleo? Además, ¿cómo se compagina un gran consenso en Japón con la pérdida de las elecciones, a mediados de 1993, del Partido Liberal Democrático que estuvo en el gobierno durante 38 años, y la denuncia de corrupción hacia sus dirigentes?, y ¿cómo explicar el ascenso de la xenofobia y de los movimientos neonazis en Alemania en los últimos tres años? No debemos olvidar que el nazismo tuvo aquí su cuna en el periodo entre las dos guerras mundiales y que Japón fue aliado de Alemania en la segunda.

¿Es que en los próximos años los conflictos se originarán principalmente por diferencias culturales?

Al analizar los conflictos en el mundo de la posguerra fría, Samuel P. Huntington adelanta la hipótesis de que el origen fundamental de los conflictos en el mundo a partir de la caída del Muro de Berlín, ya no se basará principalmente en elementos ideológicos o económicos sino en diferencias culturales. Advierte el choque

³ Albert anota que "La brecha entre norteamericanos ricos y pobres se ha ensanchado hasta tal punto durante los años ochenta que los dos millones y medio de ricos van a percibir en 1990, prácticamente el mismo volumen neto de ingresos que los cien millones de personas que se encuentran en la base de la pirámide." *Ibid.*, p. 49.

⁴ Datos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), publicados en *Excelsior*, Sección Financiera, 27 de diciembre de 1993, p. 1.

entre las civilizaciones, entre naciones y grupos de diferentes civilizaciones.⁵

Una civilización, afirma, se define tanto por elementos objetivos como subjetivos. Entre los primeros apunta la historia, la lengua, Las costumbres, las instituciones y, como lo más importante, la religión. Como elemento subjetivo anota la identificación de la gente. La gente de diferentes civilizaciones tiene diferente visión de las relaciones entre Dios y Hombre, el individuo y el grupo, el ciudadano y el Estado, padres e hijos, marido y mujer. Asimismo, tiene diferente visión de la importancia relativa de derechos y obligaciones, de libertad y autoridad, y de igualdad y jerarquía. Estas diferencias, producto de siglos, no desaparecerán pronto y son más importantes que las diferencias en los regímenes políticos y las ideologías. Las diferencias no necesariamente significan conflicto, y el conflicto no necesariamente significa violencia; sin embargo, agrega, durante siglos las diferencias entre civilizaciones han generado los conflictos más prolongados y más violentos.⁶

En mi opinión, las diferencias culturales no sólo son muy importantes sino que además arraigan más allá de las condiciones en que se originaron, pero para comprenderlas hay que investigar las estructuras económicas que dan sustento a cada forma de civilización, ya que si sólo atendemos a los fenómenos culturales podemos tener una visión superficial de la historia.

Para Huntington, la identidad basada en la civilización será cada vez más importante en el futuro, y el mundo se configurará, en gran medida, por la interacción entre siete u ocho civilizaciones principales: Occidental, Confuciana, Japonesa, Islámica, Hindú, Eslava-ortodoxa, Latinoamericana y, posiblemente, la Africana.

Este autor apunta que durante siglo y medio después de la emergencia del moderno sistema internacional, los conflictos en el mundo Occidental fueron entre príncipes (emperadores, monarquías absolutas y monarquías constitucionales) que trataban de expandir su poder económico y militar y, sobre todo, su territorio. En este proceso crearon los Estados nacionales, y a partir de la Revolución Francesa las principales líneas de conflicto fueron entre naciones más que entre príncipes. Este patrón, anota, duró hasta el fin de la Primera Guerra Mundial. Como resultado de la

⁵ Huntington, Samuel P. "The clash of civilizations?", en *Foreign Affairs*, volume 72, number 3, New York, J. P. Morgan, summer 1993, p. 22.

⁶ *Ibid.*, p. 25.

Revolución Rusa y de la reacción contra ella, el conflicto entre las naciones cedió el campo al conflicto entre las ideologías: primero entre comunismo, fascismo-nazismo y democracia liberal; y después entre comunismo y democracia liberal. Durante la Guerra Fría este último conflicto encarnó en la lucha entre dos superpoderes, ninguno de los cuales era un Estado Nacional en el sentido clásico europeo, y cada uno de los cuales definía su identidad en términos de su ideología. Estos conflictos se dieron dentro de la civilización Occidental.⁷

Lo mismo que Albert, Huntington pasa por alto la lucha de clases y no presta atención a los movimientos de liberación nacional, que fueron el eje de los conflictos desde los años cuarenta hasta los setenta. Estos movimientos no se dieron sólo dentro de la civilización Occidental, y no puede plantearse que hayan sido conflictos entre civilizaciones sino verdaderas luchas contra el colonialismo, por la liberación de los pueblos.

Desde mi punto de vista, las diferencias culturales son importantes fuentes de conflicto, y no cabe duda que a partir del derrumbe del socialismo real se ha exacerbado la violencia entre grupos de diferentes religiones, etnias e historia. ¿Pero, será que los factores económicos han pasado a segundo plano? Por ejemplo, ¿podemos explicar la guerra del Golfo Pérsico como un conflicto entre civilizaciones, o más bien como una guerra por el petróleo? ¿Es que la lucha de clases ya desapareció de la faz del planeta?

Huntington no deja de lado el dominio económico como fuente de conflicto, pero en el mundo actual centra su atención en la diferencia entre civilizaciones. Así, afirma que con el fin de la Guerra Fría, el Occidente (junto con Japón) está en la cima del poder económico, Político y militar frente a las otras civilizaciones, al haber desaparecido el otro superpoder que se le oponía. Los asuntos de política y seguridad globales son decididos por un directorio conformado por Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia; y los asuntos económicos por un directorio de Estados Unidos, Alemania y Japón, afirma. Ve que las decisiones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas o del Fondo Monetario Internacional son las que corresponden a los intereses de Estados Unidos y las otras potencias occidentales, y que Occidente utiliza las instituciones internacionales y su poder económico y militar para mantener su predominio y promover su política y sus valores económicos. De

⁷ *Ibid.*, pp. 22-23.

aquí que piense que en el futuro el eje del conflicto será entre Occidente y el resto,⁸ especialmente entre Occidente y algunos Estados Islámico-Confucianos.

También plantea que algunos países no occidentales tratarán de incorporarse a la civilización Occidental, como es el caso de México y otros latinoamericanos y algunos del ex bloque socialista. Piensa que México tendrá éxito, pero duda que suceda lo mismo con los ex socialistas. Desde mi punto de vista, no es acertado hablar del interés de tal o cual país, ya que en cada uno existen múltiples intereses, algunos de ellos antagónicos entre sí, aunque en la política exterior (y generalmente también en la interior) se impongan los intereses de la clase dominante, o más bien, de la fracción hegemónica dentro de ésta. Y ya que Huntington se refiere a México, cabe preguntarle si no cree que el movimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, iniciado el primero de enero en Chiapas, pone al descubierto una gran desigualdad de condiciones económicas y sociales y, por tanto, de intereses. Además, si cree que éste es un conflicto entre civilizaciones o una lucha por la tierra, contra la explotación, la injusticia, la violencia y la falta de democracia. Aquí, como en otros movimientos que hoy sacuden a América Latina, parece claro que la lucha de clases continúa viva.

¿Es que hemos arribado al fin de la historia?

El trabajo más elaborado en los últimos años para pretender entender el ideal del socialismo y asentar el reino del capitalismo por los siglos de los siglos, es el de Francis Fukuyama, por lo que ha recibido una enorme difusión.⁹

El objetivo de Fukuyama es demostrar que el capitalismo (y en especial el estadounidense) representa la culminación de las aspiraciones humanas, el fin de la historia. Para este autor, esto es así porque el capitalismo "ya no tiene competidores serios" como en su tiempo lo fueron el fascismo y el comunismo; porque los problemas de las democracias liberales contemporáneas (défi-

⁸ *Ibid.*, pp. 38-41.

⁹ Como el propio Fukuyama anota, luego de su polémico artículo "The end of history", publicado en el verano de 1989 en la revista *The national interest*, recibió todo tipo de apoyos (entre otros, de la RAND Corporation) para pasar del artículo a un libro más elaborado. Aquí nos referimos a éste último, *El fin de la historia y el último hombre*, México, Editorial Planeta, 1992.

cit presupuestarios, inflación, delincuencia, drogas, etc.) no representan contradicciones que no puedan superarse dentro de este sistema; porque los países económicamente más desarrollados son también los que muestran una democracia liberal más desarrollada y porque hacia ella se dirigen todas las sociedades al encarnar sus aspiraciones económicas y humanas.¹⁰ Como vemos, entre los problemas del capitalismo Fukuyama no menciona sus contradicciones fundamentales, generadas por el régimen de explotación en que se basa. Para este autor, el motor de la historia es *la lucha por el reconocimiento*, el reconocimiento del valor como ser humano por otros seres humanos.¹¹ Plantea que éste es un concepto trans-histórico, a pesar de que reconoce que la naturaleza humana es histórica.

No cabe duda de que el reconocimiento de su valía es importante para todo ser humano; pero lo cierto es que el origen de dicho reconocimiento —o la falta de éste— se encuentra en las relaciones económicas, aunque los elementos culturales tienen una dinámica distinta, más lenta, que los económicos. Así por ejemplo, la incorporación masiva de la mujer como asalariada al mercado de trabajo, con el desarrollo del capitalismo, impulsó su lucha por el reconocimiento de su igualdad respecto al hombre en los aspectos económicos, sociales y políticos; sin embargo, aún está lejos de lograr la cabal igualdad.

Fukuyama afirma que el proceso histórico que conduce al Estado homogéneo que aparece al final de la historia

ha sido impulsado igualmente por el gradual despliegue de la ciencia natural moderna y por la lucha por el reconocimiento.¹²

Pretende demostrar lo anterior basándose en Hegel, de quien retoma la visión direccional de la historia universal, es decir, contraria a las visiones caótica o cíclica; la concepción dialéctica, que ve el desarrollo histórico a través del conflicto originado por las contradicciones internas de cada sistema de organización social, que conduce a su sustitución por otro más elevado con sus propias contradicciones; y la concepción idealista de la historia, que asume

¹⁰ *Cfr. Ibid.*, pp. 198-199 y 289-291.

¹¹ *Cfr. Ibid.*, pp. 200 a 218.

¹² *Ibid.*, pp. 281-282.

la conciencia humana (el pensamiento, la aspiración, los deseos, las ideas sobre el orden social) como el motor de la historia, historia que culmina con la constitución del Estado liberal —el Estado prusiano para Hegel— como encarnación de la Idea absoluta.¹³

En este último punto está la diferencia radical de la dialéctica hegeliana con el materialismo histórico y dialéctico de Carlos Marx, para quien el motor de la historia es la lucha de clases engendrada por las contradicciones económicas, es decir, por las relaciones sociales de producción.¹⁴ Al poner en su sitio la "Idea" y todo lo espiritual como producto del hombre real, de sus condiciones materiales de existencia, Marx rompe con el idealismo de Hegel y pone sobre sus pies el análisis dialéctico del proceso histórico (que en Hegel estaba de cabeza). Además, Marx rechaza el fin de la historia planteado por Hegel. Afirma que la liquidación del capitalismo pondrá fin a las formas antagónicas del proceso de producción social que se inician con las sociedades clasistas, con los modos de producción que representan etapas progresivas del proceso de producción social antagónico: modos de producción asiáticos, antiguos o esclavistas, feudales y capitalistas.

Cabría preguntarse si Fukuyama acierta al afirmar que Marx también propone un fin de la historia. Lo cierto es que aunque el arribo de la humanidad al comunismo —en la concepción marxiana— podría interpretarse como un remate histórico, debe concebirse más bien como una meta hacia la cual se orientaría a través de la acción consciente del proletariado y sus aliados, una meta que como la verdad absoluta en la ciencia tal vez sea inalcanzable a plenitud, pero que representa la aspiración que guiaría la acción política de los trabajadores.

¹³ Cfr. *Ibid.*, pp. 98 a 106.

¹⁴ Para Marx, "No es la conciencia de los hombres la que determina su ser; por el contrario, su ser social es lo que determina su conciencia. En una fase determinada de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo cual no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas evolutivas de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas de esas fuerzas. Entonces se abre una época de revolución social [...] Así como no se juzga a un individuo por la idea que él tenga de sí mismo, tampoco se puede juzgar tal época de revolución por la conciencia de sí misma; es preciso, por el contrario, explicar esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto que existe entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción..." Marx, Carlos. *Contribución a la crítica de la economía política. Introducción a la crítica de la economía política*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1973, cuarta edición, pp. 12-13.

A la concepción idealista de la historia de Fukuyama, quien retoma la *Filosofía del Estado* de Hegel, podemos hacerle la crítica de Marx a este filósofo, de la inversión entre el sujeto y el objeto, de lo productor como siendo el producto de su producto, para llegar al Estado prusiano como la Idea absoluta.

[...] la crítica verdaderamente filosófica de la constitución actual del estado no se limita a demostrar que las contradicciones existen, sino que las explica, comprende la génesis, la necesidad de las mismas. Las considera en su propia significación. Pero este entendimiento no consiste, como cree Hegel, en reconocer en todas partes las determinaciones del concepto lógico sino en concebir la lógica especial del objeto especial.¹⁵

Hegel eleva a los terratenientes a un nivel superior, al suponerlos como la única clase con posibilidades de sentimientos políticos, constituye la propiedad nobiliaria de la tierra en su carta de derecho; establece el derecho de los mayorazgos a la propiedad de la tierra por razones de nacimiento, al igual que el derecho divino de los reyes, y proclama al Estado prusiano como la encarnación de la Idea. Por su parte, Fukuyama tiene que justificar al Estado liberal (especialmente al estadounidense) y a la propiedad privada en que se funda, como la culminación de la historia. Acertadamente plantea la incompatibilidad de los derechos económicos proclamados por el socialismo (de justicia social) con los derechos de propiedad y de libre comercio, pero a estos últimos los considera "normales".

Plantea que el fenómeno macropolítico más notable de los últimos cuatrocientos años es el crecimiento de la democracia liberal, con su compañero, el liberalismo económico, aunque con avances y retrocesos. Y agrega:

[...] Pero citar el fracaso de la democracia liberal en cualquier país dado, o hasta en una región entera del mundo, como prueba de una debilidad general de la democracia, revela una asombrosa estrechez de miras. Los ciclos y las interrupciones no son, por sí mismos, incompatibles con una historia orientada o direccional y universal, del mismo modo que la existencia de ciclos económicos no niegan la posibilidad del crecimiento económico a largo plazo.¹⁶

¹⁵ Marx, Carlos. *Crítica de la filosofía del Estado, de Hegel*, México, Editorial Grijalbo, 1968, p. 114.

¹⁶ Cfr. Fukuyama, Francis. *Op. cit.*, p. 88.

Cabría preguntar a este autor si esta aseveración no es aplicable al socialismo, cuya defunción la ha decretado por su fracaso en los primeros intentos reales. También hay que reflexionar sobre el concepto de direccionalidad. Plantear que las sociedades tienden, a través de la historia, hacia formas superiores de organización, no significa, desde la perspectiva marxista, una concepción lineal asegurada por las leyes económicas. La transformación del capitalismo en socialismo es un problema político, cuya realización depende de la modalidad en que se desarrolle la lucha entre las clases y de la capacidad del proletariado (y sus aliados) para dirigir esa transformación, aunada a la incapacidad de la burguesía para mantener su poder de dominación.

Por otra parte, Fukuyama critica la teoría de la dependencia desarrollada en América latina en los años sesenta y setenta.¹⁷ Esta teoría, planteada inicialmente por Raúl Prebisch a finales de los cuarenta, se amplió con aportes de otros autores latinoamericanos y de algunos estadounidenses, como André Gunder Frank, quienes centran el problema de la dependencia en el contexto de la relación centro-periferia.

El análisis de Prebisch aborda críticamente la aplicación al ámbito latinoamericano de las teorías económicas surgidas en los países desarrollados, que postulan el libre juego de las fuerzas del mercado como engendradoras del equilibrio. También ve que la teoría de Keynes no puede aplicarse mecánicamente para resolver los problemas de la periferia y que la interpretación teórica de la realidad latinoamericana tiene que realizarse sin preconcepciones, sin considerar al mundo como algo homogéneo.¹⁸ Plantea la necesidad de acelerar el ritmo de desarrollo económico de América Latina redistribuyendo el ingreso en favor de las masas populares. Propone impulsar la industrialización sobre la base de una política que, racional y deliberadamente, se oriente a corregir los efectos de las libres fuerzas del mercado. Critica el planteo de David Ricardo sobre "las ventajas comparativas" y destaca que los términos de intercambio en el mercado mundial, en el presente siglo, tienden a ser desfavorables a los países atrasados (como los latinoamericanos), cuyas exportaciones son fundamentalmente de productos primarios.

¹⁷ Sobre esta crítica ver *Ibid.*, pp. 150 a 164.

¹⁸ Cfr. Prebisch, Raúl. *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, pp. XIV-XV.

En realidad, la industrialización y el crecimiento económico de América Latina en los años cincuenta y sesenta engendraron una mayor concentración del ingreso y no su distribución entre las clases populares; y los términos de intercambio continúan siendo desfavorables a los países menos desarrollados. Las causas reales de estos problemas, pienso yo que son las que deberían guiar la crítica de algunos de los planteos de la teoría de la dependencia. Sin embargo, ésta no es la preocupación de Fukuyama, sino más bien descalificarla mediante su falseamiento. Así, señala a Lenin como el verdadero padre de esta teoría, con su obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Falsamente afirma que Lenin, a diferencia de Marx, sostuvo que

[...] la contradicción decisiva que abatiría al capitalismo no era la lucha de clases *dentro* del mundo desarrollado, sino la lucha entre el desarrollado Norte y el (proletariado global) del mundo subdesarrollado.¹⁹

La intención de Fukuyama es, por una parte, señalar como incorrecta la crítica de Raúl Prebisch y otros autores a las relaciones internacionales de intercambio; y, por otra parte, asentar como falsa la crítica del economista argentino, quien dirigió la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), a la teoría de las "ventajas comparativas" planteada por David Ricardo desde el siglo pasado como fórmula para desarrollar la industria a través de un mercado internacional abierto. Además, y esto es de suma importancia, Fukuyama pretende mostrar que el atraso económico y la pobreza del llamado Tercer Mundo no es atribuible, como se afirma en la teoría de la dependencia, primero al colonialismo, luego al neocolonialismo (colonialismo económico) y, finalmente, a la acción de las empresas multinacionales, todo ello ligado a la

¹⁹ Fukuyama, Francis. *Op. cit.*, p. 151. Cabe aclarar que Lenin veía como rasgos fundamentales del imperialismo los siguientes: "1) la concentración de la producción y del capital hasta un grado tan elevado de desarrollo que ha creado los monopolios, que desempeñan un papel decisivo en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación, sobre la base de este 'capital financiero', de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capital, a diferencia de la exportación de mercancías adquiere una importancia particular; 4) la formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas, las cuales se reparten el mundo, y 5) la terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes". Lenin, V. I. *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Pekín, Ediciones de Cultura Popular, 1972, pp. 112-113. De este análisis deriva Lenin que el imperialismo conducía a una guerra entre las principales potencias imperialistas por un nuevo reparto del mundo, como en efecto sucedió.

tardía industrialización de estos países. Por el contrario, afirma, estas empresas benefician el desarrollo, ya que al tiempo que “explo-tan” mano de obra barata, proporcionan mercados, capital y la difusión tecnológica, factores que impulsan el desarrollo de las economías que las reciben.

Sostiene que el atraso latinoamericano se debe a las erróneas políticas de sustitución de importaciones impulsadas a partir de los años cuarenta por los países de la región, las cuales se basan en la protección del mercado interno y en una gran intervención del Estado en la economía para proteger el empleo y otorgar algunos beneficios sociales. Estas políticas, señaladas por el autor como contrarias al liberalismo, a su vez las deriva de la herencia cultural mercantilista legada por España y Portugal.

Para apoyar sus planteamientos, Fukuyama nos remite al desarrollo espectacular que en los últimos años han experimentado los países del Sudeste asiático: Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong, Singapur, Malasia y Tailandia. Estos países también fueron colonizados e iniciaron el desarrollo industrial en una época tardía, recuerda el autor; sin embargo, basaron su desarrollo en una política correcta. Lo que minimiza Fukuyama es la gran participación que el Estado ha tenido en estos procesos, cuestión que es resaltada por otros muchos autores. Entre éstos, Fernando Calderón y Mario R. Dos Santos, quienes estudian el amplio rol estatal que ha empujado estos recientes procesos de industrialización. Como ejemplo, muestran que el “milagro coreano” se basó en una activa participación del Estado en la diagramación y dirección del proceso, como organizador de las empresas para que cumplieran los objetivos que se les señalaban, como propietario de empresas, creador de infraestructura y de organismos de investigación y controlador del sistema financiero, todo ello favorable al desenvolvimiento empresarial. Así, refiriéndose a Corea, afirman:

[...] Las altas tasas de inversión que permitieron el éxito de las políticas de exportaciones industriales fueron posibles gracias a los créditos estatales subsidiados y a la aceptación del gobierno de asumir una parte del riesgo de la importación. La asociación de empresas locales extranjeras fue limitada en un principio por la obligación de que estas últimas invirtieran en la producción de productos exportables, quedando protegidos muchos sectores que fueron reservados a las firmas nacionales. En los años 70, el 90% de los activos del sistema bancario estaba colocado en bancos estatales especializados en financiar el agro, la industria, el comercio exterior, la construcción de

viviendas y la promoción, mediante incentivos tales como subsidios y beneficios impositivos, del desarrollo de las pequeñas y medianas industrias.²⁰

Así pues, podemos concluir que los problemas que presenta el desarrollo económico latinoamericano a partir de los años setenta, que algunos autores definen como el agotamiento del modelo de industrialización basado en la sustitución de importaciones, no es atribuible a un exceso de intervención estatal en este proceso, sino más bien a una incorrecta forma de intervención, y aún escasa en algunos sectores, como el de la investigación científica.

Por otra parte, cabe resaltar que si bien la libertad de mercado, la propiedad privada de los medios de producción y la explotación del trabajo asalariado con el objetivo de obtener ganancias y acrecentar el capital son los principios del capitalismo, y no la satisfacción de un número creciente de necesidades —como anota Fukuyama—, es claro que el capitalismo a lo largo de su historia ha tenido que recurrir a diferentes formas de intervención estatal y de protección del comercio exterior. Además, en diferentes etapas ha tenido que adoptar una serie de medidas para enfrentar la lucha de clases, ya que a despecho de Fukuyama (quien no la ve por ningún lado en este régimen), presiona para imponer reformas que favorezcan las necesidades populares y a la vez impulsen la demanda, como las adoptadas por el llamado Estado Benefactor.

De aquí que, como bien analiza José Guilherme Merquior, el liberalismo desde sus orígenes ha sido plural y variado, y tanto entre los nuevos como en los viejos liberalismos hay diferentes posiciones políticas y estructuras conceptuales.²¹ Este autor estudia el liberalismo clásico, que se caracteriza por la tendencia a ampliar la democracia; y a los liberalismos conservadores, caracterizados por imponerle restricciones. Estos no se pueden dividir cronológicamente, ya que con frecuencia se traslapan en el tiempo. En el presente siglo, entre los nuevos liberalismos, el libertismo y el neoliberalismo, también tenemos una gran gama y propuestas tan diferentes como las de Hayek y Keynes en relación con la participación del Estado en la economía. El mismo Fukuyama

²⁰ Calderón, Fernando y Mario R. Dos Santos. *Hacia un nuevo orden estatal en América Latina. Veinte tesis sociopolíticas y un corolario*, Chile, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 82.

²¹ Cfr. Guilherme Merquior, José. *Liberalismo viejo y nuevo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 13.

reconoce que todos los Estados capitalistas en la actualidad poseen importantes sectores públicos.

Lo que también suscita dudas es el planteamiento de este autor, que ve como grandes avances en la obtención de logros económicos a las políticas neoliberales (privatizadoras, desreguladoras y liberadoras del comercio exterior y más estimuladoras de la inversión extranjera). Por una parte, el creciente desempleo y las mayores desigualdades económicas y sociales han engendrado agudos conflictos sociales; y por otra parte, también las variables macroeconómicas revelan incertidumbre. Como apunta René Villareal, a quien podemos considerar como un intelectual orgánico del sistema político mexicano, frente a los logros macroeconómicos de la política salinista de 1988 a 1993 (saneamiento fiscal, reducción de la inflación y disminución de la deuda pública), en estos años se han ampliado dos grandes brechas: entre ahorro interno e inversión y entre exportaciones e importaciones. Anota:

En un contexto mundial recesivo hay que revalorar el impulso que brinda la demanda agregada al crecimiento; en particular porque en los últimos cinco años (1987-1992), aquella creció al 4.4% en promedio, mientras que el PIB lo hizo al 2.8%. Este resultado se debe a que parte del crecimiento de la demanda agregada se desvió hacia mayores importaciones, lo que originó que éstas más que duplicaran su participación en la oferta total, pasando de 6.9% en 1987 a 15.1% en 1992. Así, se registró *de facto* un rápido proceso de des sustitución de importaciones, que era lógico esperar ante una mayor apertura y crecimiento.²²

Después de esta revisión a grandes rasgos de algunos autores que dan por terminado el socialismo y por sepultado al marxismo, cabría preguntarnos si esto es así.

La vigencia del marxismo

Para los marxistas, las contradicciones generadas por la estructura económica (las relaciones de producción) son las que originan los conflictos sociales (la lucha de clases). El derrumbe del socialismo real no significa el fin de la historia ni la solución de las contra-

²² Villareal, René. *Liberalismo social y reforma del Estado. México en la era del capitalismo posmoderno*, México, Nacional Financiera-Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 372-373.

dicciones del capitalismo, que se evidencian en lo económico, político y social. Sin embargo, ¿qué alternativa plantear?, o bien, ¿cómo se podrá transitar hacia un verdadero socialismo? o, en otros términos, ¿cómo construir una nueva utopía y lograr que sea viable?²³ Esta necesidad no se limita a los marxistas. El director general de la UNESCO, Federico Mayor Zaragoza, declaró recientemente la necesidad de rescatar el sueño de la “equidad en que estaba basado el sistema comunista”.²⁴

Por su parte, Francisco Dávila y Edgar Ortiz plantean que las crisis económico-sociales del capitalismo y el socialismo rebelan que ni en sus mejores momentos estos sistemas han logrado universalizar los grandes valores de Occidente; pero que a través de su largo conflicto y a pesar del gran costo social que éste ha acarreado, han legado un cúmulo de experiencias negativas que deben ser corregidas al plantear una nueva utopía:

[...] La libertad y la democracia —que pueden conducir a una nueva vida, a un futuro más humano— han sido prostituidas por la primera alternativa: liberal-capitalista, de la modernidad por una industrialización depredadora de la naturaleza; un capitalismo ávido de lucro, pero no de forjar a partir de múltiples satisfactores una mejor vida para todos. En la segunda alternativa: la socialista, el logro de abundantes riquezas mediante la industrialización también empobreció a nuestro ambiente de vida con escasos satisfactores materiales y altos costos de ineficiencia y privilegios sociales que procuraron a las mayorías un igualitarismo homogeneizante que coartó el pleno desarrollo de la libertad y de la democracia.²⁵

Estos autores proponen que se creen nuevos paradigmas para responder a las cambiantes y crecientes necesidades humanas, en aras de crear un mundo social más justo y una transformación de la naturaleza en armonía con la misma, llamando a la cooperación de ambos sistemas y retomando los aspectos positivos de

²³ Esta preocupación fue bastante generalizada entre los participantes en el *Seminario sobre el mundo actual: situación y alternativas*, organizado por el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, en Ciudad Universitaria, D.F., del 6 al 17 de diciembre de 1993.

²⁴ Entrevistado por Luis Suárez, en *Excelsior*, 26 de diciembre de 1993, pp. 1-A y 26-A.

²⁵ Dávila, Francisco y Edgar Ortiz. “Del antagonismo a la cooperación entre el Este y el Oeste para la búsqueda de un mundo más humano”, en *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, México, División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, Año XXXVII, Nueva Época, julio-septiembre de 1992, núm. 149, p.80.

cada uno de ellos y las lecciones que han dejado de sus aplicaciones reales.

También los jerarcas de las iglesias señalan su preocupación por la profundización de la desigualdad económica y social ocasionada por la política neoliberal y expresan la necesidad de poner límites a las fuerzas del mercado y a la desregulación indiscriminada. Por ejemplo, el presidente del arzobispado mexicano, el arzobispo Adolfo Suárez Rivera, en la apertura de la Conferencia Episcopal Mexicana (CEM) el 18 de abril de 1993 expresó:

La política de corte neoliberal que predomina hoy en América Latina y el Caribe profundiza aún más las consecuencias negativas de estos mecanismos. Al desregular indiscriminadamente el mercado, eliminando partes importantes de la legislación laboral y despedirse trabajadores, se han ahondado aún más las distancias en la sociedad. La aparición del cólera desde la década de los 80, en tiempos de ajustes estructurales recetados por el FMI [Fondo Monetario Internacional] y el Banco Mundial, simbolizan dramáticamente la creciente pauperización y marginación económica y social de América Latina.²⁶

Por su parte, el jesuita Xavier Gorostiaga, Rector de la Universidad Centroamericana, en Nicaragua, luego de señalar que la concentración y centralización del poder se refleja en la concentración de 83% del ingreso mundial en manos de 20% de la población, mientras que 60% de ésta sobrevive con el 6% de dicho ingreso, agrega:

No es meramente el sistema económico el que está en crisis, sino es la propia civilización con su base económica, su estructura de poder concentrado y centralizado, su falta de visión y de valores capaces de crear futuro para la humanidad. . .²⁷

Cabe destacar que para el materialismo histórico y dialéctico el ideal del comunismo no significa sólo la equidad, aunque a ésta le concede gran importancia, sino que significa también humanismo, la liberación del hombre de los mecanismos que lo esclavizan y enajenan. Significa que los hombres, libremente asociados y luego

²⁶ *Excelsior*, 20 de abril de 1993, p. 26-A.

²⁷ Gorostiaga S. J., Javier, presidente de la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES), ponencia presentada en el citado *Seminario sobre el mundo actual: situación y alternativas*, p. 4.

de tomar bajo su control las fuerzas productivas y suprimir la división en clases sociales, puedan pasar del reino de la animalidad al de la humanidad, de la prehistoria a la historia. ¿Utopía inalcanzable? Hoy así nos lo parece. Después de presenciar la catástrofe del socialismo real tiende a olvidarse que la historia no se desarrolla linealmente y que un fracaso no significa el fin de la historia.

Desde mi punto de vista, buena parte de las tesis de Marx sobre la dinámica del régimen de producción capitalista continúan vigentes, especialmente las desarrolladas en *El capital*. Aunque hay que reconocer que los elementos contrarrestantes de la tendencia al descenso de la tasa de ganancia han logrado eficacia en cada ciclo económico y a lo largo de la historia del capitalismo; en cambio, el problema de la realización de lo producido se muestra cada vez más enigmático y se expresa en la guerra comercial entablada entre las principales potencias capitalistas.

A este problema pretendió dar respuesta Keynes luego de la crisis de los años treinta (como antes lo hiciera Hobson, a principios de siglo) mediante la creación de empleos por el Estado para incentivar la demanda y la regulación estatal del crédito y las tasas de interés. Sin embargo, la eficacia de las políticas de corte keynesiano, que fueron puestas en práctica por los países capitalistas hasta los años setenta, luego mostraron su agotamiento en los elevados déficit públicos, en el creciente endeudamiento público y privado y en el aumento de la inflación.

Con la política neoliberal y el abandono del llamado Estado Benefactor desde mediados de esa década, se ha elevado la tasa de ganancia,²⁸ pero a costa de un desempleo creciente, que sólo en los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) se calcula hoy día en 34 millones de personas (8% de la población activa) y que en los países menos desarrollados alcanza proporciones mucho mayores. Las innovaciones tecnológicas y los cambios en la administración de las empresas para flexibilizar el consumo de la fuerza de trabajo y la producción para que se ajuste a las demandas del cliente, con

²⁸ La tasa media de ganancia empresarial de los siete países más ricos, que desciende de 14.6% en el periodo 1975-1979 a 14.3% en 1980-1986, a partir de 1987 empieza a elevarse hasta alcanzar 16.9% en 1989-1990. Cfr. *Perspectives Économiques de L'OCDE*, Francia, núm. 49, julio de 1991.

el objetivo de aumentar la competitividad y las ganancias, han arrojado este resultado. Así, la capacidad de consumo de la población (limitada por la explotación capitalista de la fuerza de trabajo) se muestra cada vez más raquítica frente al desarrollo de las fuerzas productivas. Pero el acerto de esta tesis marxista no se corresponde con la capacidad de acción del proletariado prevista por Marx. Si esto era cierto desde antes de la caída del Muro de Berlín y de la desintegración de la ex Unión Soviética, hoy se muestra insoslayable.

No cabe duda que hoy parece una utopía inalcanzable el lema marxista ¡Proletarios de todos los países uníos! Lo que predomina es la dispersión en las filas obreras y ésta se ha acrecentado con la política neoliberal. Los despidos masivos de trabajadores, los embates contra los sindicatos y los contratos colectivos de trabajo, la disminución de los gastos públicos en rubros de beneficio social, el abandono del Estado Benefactor y la mayor jerarquización de los trabajadores que permanecen empleados han profundizado las diferencias económicas y sociales entre ellos y, sobre esta base, se profundiza su dispersión.

El movimiento obrero se muestra a la defensiva en cada país y prevalece el interés por defender el empleo y los salarios sobre la solidaridad internacional. La internacionalización del capital en su fase monopolista más avanzada no se corresponde con el internacionalismo proletario, que más bien se percibe ausente. ¿Tendrá razón Alberoni al afirmar que el planteo marxista de la transformación de la conciencia de clase del proletariado de clase en sí a clase para sí es una "dignidad metafísica" conferida a la clase y no algo derivado de un análisis científico?²⁹ Creo que no. Alberoni está juzgando el planteo marxista de hace más de un siglo (cuando prevalecía una gran combatividad del proletariado y una creciente homogeneización de sus condiciones de vida y de trabajo) a la luz del movimiento obrero europeo a finales de la década de 1970. El propio Engels, a un lustro de concluir el siglo pasado veía como habían cambiado las condiciones en que se desarrollaba la lucha obrera y las que tendría que enfrentar en el futuro.³⁰

²⁹ Cfr. Alberoni, Francesco. *Movimiento e institución*, Madrid, Editora Nacional, 1984, pp. 362-364.

³⁰ Cfr. Engels, F. "Introducción" (escrita el 6 de marzo de 1895) a C. Marx, "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850", en Marx, Carlos y Federico Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, Moscú, Ed. Progreso, 1955, pp. 102-123.

Además, creo que Alberoni no aquilata bien el sentido profundo de la obra de Marx: desenmascarar la historicidad de las relaciones sociales y quitar el halo natural que les confiere la ideología capitalista, de cosas. Para Marx, los hombres concretos son producto de la historia (son históricamente determinados), pero a su vez son capaces de transformar la historia. Para transformar al capitalismo en socialismo la lucha proletaria conciente no era sólo producto de la imaginación sino que tenía base en la realidad, cuando la clase obrera en la lucha no tenía más que perder que sus cadenas.

El problema del dogmatismo

Ciertamente, el desarrollo del capitalismo no ha mantenido la tendencia observada por Marx y Engels hasta mediados del siglo XIX hacia la estandarización de las condiciones de vida y de trabajo del proletariado y su impulso a la lucha de clases. Desde fines del siglo pasado, con el desarrollo del capitalismo a escala planetaria y la transformación creciente de las difentes actividades —de producción material y de servicios— en esferas de explotación del capital, a la vez que se amplía el mercado de trabajo al incorporar como asalariados a viejas y nuevas categorías de profesionales, se va produciendo una gran diferenciación en las condiciones económicas y sociales de los diversos segmentos de trabajadores dentro de cada país y a nivel mundial, especialmente entre los de los países atrasados y los de los industrializados. La desigualdad se acentúa después de la Segunda Guerra Mundial con el avance de la revolución científica y tecnológica y más aún en las dos últimas décadas. Esta situación conduce a la dispersión y no a la unidad del proletariado. Sin embargo, la tendencia al dogmatismo de los teóricos marxistas obstaculizó el estudio y profundización de este problema. Se tendió a petrificar el análisis histórico y social, especialmente en torno a la estructura de las clases sociales, descuidando los cambios que ha sufrido con el desarrollo del capitalismo y los efectos que estos cambios originan en su comportamiento político.

En efecto, la mayoría de los estudios de autores marxistas sobre este tema se centran en la conceptualización de Marx sobre trabajo productivo e improductivo, para derivar de ahí la caracterización de proletario o no proletario de los diferentes segmentos de asalariados, así como su comportamiento político. Pienso que en este

sentido se ha cometido un doble error. Por una parte, el análisis de Marx sobre trabajo productivo e improductivo se refiere a la creación de valor y de plusvalor por los trabajadores que efectúan el primero y no de los asignados al segundo;³¹ con la aclaración de que todos los asalariados entregan plustrabajo aunque éste no acreciente el capital invertido; pero de aquí no se puede derivar mecánicamente el comportamiento político que deberían tener unos y otros asalariados. Por otra parte, la naturaleza de los trabajos y de los trabajadores que los realizan ha cambiado mucho en el último siglo y, por tanto, hay que estudiar esas transformaciones.

Hay que reconocer que el desarrollo del capitalismo ha engendrado una gran jerarquización entre los asalariados, en lugar de la estandarización de sus condiciones de vida y de trabajo que previeran los clásicos del marxismo. Estudiar todas estas transformaciones, sin prejuicios, sería más apegado a la teoría marxista que tratar de ajustar la situación actual a los planteos de sus creadores en el siglo pasado.

Uno de los autores que más ahonda en el estudio de la estructura de clases en el capitalismo actual es Nicos Poulantzas.³² Sin embargo, para acoplar su estudio sobre los cambios que la división del trabajo (manual e intelectual) ha engendrado entre los asalariados y en su comportamiento político a partir del análisis marxista sobre trabajo productivo e improductivo, lo que hace es trastocar este análisis en lugar de plantear abiertamente los elementos que Marx no previó al estar apenas insinuándose. Por

³¹ Para Marx, en el capitalismo es trabajo productivo todo aquel que crea plusvalor para el capital, independientemente de que dicho trabajo sea manual o intelectual y de que las mercancías en que se objetive sean corpóreas o incorpóreas. Cfr. Marx, Carlos. *El Capital*, México, Siglo XXI editores, Tomo I, vol. 2, 1975, pp. 615-616. En el *Capítulo VI (inédito)* y en la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, Marx desarrolla más ampliamente estos conceptos. Como la valorización del capital se efectúa en el proceso de producción y no en la circulación, el trabajo productivo es el que se efectúa en aquel proceso. Así, es trabajador productivo el que vende su fuerza de trabajo al capital industrial, mas no el que la vende al capital comercial o al bancario. Estos capitales cumplen funciones necesarias dentro del proceso de reproducción del capital, por lo cual el capital industrial tiene que cederles una parte del plusvalor que extrae a sus trabajadores. Al analizar la circulación del capital, Marx ve que el capital comercial reduce los gastos de circulación y que aunque los trabajadores empleados por éste no crean valor ni plusvalor (por lo que su trabajo es improductivo), como todos los asalariados entregan trabajo excedente y éste reduce los costos de circulación, convirtiéndose en una ganancia positiva por alejar el límite negativo de la valorización de capital. Cfr. Marx, Carlos. *El Capital*, op. cit., Tomo II, vol. 4, pp. 135-157.

³² Cfr. Poulantzas, Nicos. *Las clases sociales en el capitalismo actual*, México, Siglo XXI editores, 1976.

una parte, trastoca el análisis de este autor al considerar que sólo es productivo el trabajo que se objetiva en mercancías materiales; y por otra parte, al excluir del proletariado no sólo a los asalariados que realizan un trabajo de dirección y supervisión a nombre del capital, sino a todos los empleados que no ejecutan un trabajo fundamentalmente manual. Considera que la ideología de la clase dominante penetra en ellos marcándolos con una posición de clase basada en un saber del que se considera excluida —o se excluye realmente— a la clase obrera. Con base en estos elementos crea el concepto de “nueva pequeña burguesía”, el cual tiene algunos aspectos interesantes.

Para Poulantzas, al centrarse la contradicción principal en la sociedad capitalista entre la burguesía y la clase obrera, esta polarización de clase permite incluir dentro de una misma clase, la pequeña burguesía, al resto. En este resto incluye a la “pequeña burguesía tradicional” y a la “nueva pequeña burguesía”. La primera comprendería a los grupos de trabajadores que los clásicos caracterizan como miembros de la pequeña burguesía: pequeños propietarios o productores directos que no trabajan como asalariados ni explotan trabajo asalariado o lo explotan en una proporción mínima, y a pequeños comerciantes. Dentro de la “nueva pequeña burguesía” engloba a los nuevos conjuntos de asalariados, tanto productivos como improductivos, cuyo trabajo no es fundamentalmente manual. El concepto de “trabajo intelectual” es muy amplio y se identifica con diferencias ideológicas, culturales, en el trato social, rituales, etc., anota:

[...] el aspecto trabajo intelectual (del trabajo de los salarios improductivos) como los empleados de contabilidad, de publicidad, de *marketing*, de la comercialización, de los bancos, de los seguros, de los diversos “servicios”, de las “oficinas”, de la gran mayoría de los funcionarios del Estado, etc. [...] se relaciona con una investidura de toda una serie de rituales, de usos sociales, de elementos “culturales” que lo distinguen de la clase obrera, es decir, del trabajo productivo en el seno del proceso de trabajo material.³³

En mi opinión, hubiera sido más acertado que Poulantzas planteara que los conceptos de trabajo productivo e improductivo son más adecuados para analizar la creación de valor y plusvalor y la circu-

³³ *Ibid.*, p. 239.

lación y reproducción del capital global, que para estudiar el comportamiento político de los trabajadores. Asimismo, que para comprender el accionar de los diferentes sectores de asalariados es necesario considerar la división del trabajo y los patrones culturales y las expectativas que ambos engendran.

Cabe destacar que a pesar de una serie de aspectos criticables, el análisis de Poulantzas contiene muchos elementos interesantes en torno a la complejidad de la estructura de clases en la sociedad capitalista avanzada y a las contradicciones que se manifiestan al interior del conjunto de asalariados; es importante que llame la atención sobre los aspectos políticos e ideológicos.

Una crítica interesante al trabajo de Poulantzas sobre las clases sociales es la que efectúa Erik Olin Wright.³⁴ Este autor propone algunos criterios metodológicos para el análisis de la estructura de clases en las sociedades capitalistas avanzadas, y anota la conveniencia de reconocer la existencia de *situaciones contradictorias*.

Wright critica de manera acertada, desde mi punto de vista, la forma en que utiliza Poulantzas los conceptos de trabajo productivo e improductivo. Esta crítica se sitúa en tres aspectos: primero, por restringir la concepción marxista de este concepto; segundo, porque no existe una correspondencia entre la distinción de trabajo productivo e improductivo y las posiciones reales en el proceso de trabajo, ya que aquí generalmente se mezclan actividades productivas y no productivas y en ocasiones un mismo trabajo tiene aspectos productivos e improductivos; y tercero, el aspecto que el autor considera más significativo, "la falta de diferencias fundamentales en los intereses económicos de los obreros productivos e improductivos."³⁵

La crítica de mayor peso de Wright al análisis de Poulantzas consiste en su tratamiento de las posiciones ambiguas en la estructura de clase, ya que cualquier desviación respecto a los elementos que él considera como definitorios de la clase obrera basta para la exclusión de dicha clase, mientras que al analizar a la burguesía

Es necesario que la desviación afecte a *todos* los criterios para que se decreta la no pertenencia a la clase capitalista. En ningún caso se contempla la posi-

³⁴ Cfr. Olin Wright, Erik. *Clase, crisis y Estado*, Madrid, Siglo XXI editores, 1976.

³⁵ *Ibid.*, p. 39.

bilidad de que dentro de la división social del trabajo puedan existir posiciones objetivamente contradictorias.³⁶

Olin Wright tiene razón en estas críticas a Poulantzas, pero creo que la crítica debe ampliarse también a no expresar aquellos elementos que han cambiado en el último siglo y que no concuerdan con lo previsto en la teoría marxista. Esta sería la forma de enriquecerla.

La división del trabajo, que no es atendida por Marx como elemento definitorio de las clases sociales,³⁷ pienso que debe estudiarse para comprender los cambios en su estructura y en su accionar. Constituye uno de los elementos fundamentales que Barrington Moore contempla al estudiar porqué los hombres y las mujeres se rebelan y porqué no se rebelan ante la injusticia. Este autor plantea tres divisiones de problemas que deben resolver los individuos en cualquier sociedad: el problema de la autoridad, el de la división del trabajo y el de asignar los recursos disponibles y distribuir entre los miembros de la sociedad los bienes y servicios producidos.

La diferencia fundamental de esta tesis de Moore con las de Marx estriba en la importancia decisiva que aquel autor concede a la división del trabajo, sin vincular este problema con el régimen de propiedad de los medios de producción, mientras que para Marx éste es el factor determinante, del cual se derivan las formas de extracción y apropiación del excedente económico, las reglas sociales y las formas de la autoridad que las impone; de hecho, Barrington Moore ve que la extracción del excedente económico está en el origen de las reglas sociales y de la autoridad, pero plantea que no es lo único y, como anotamos, no relaciona estos problemas con la propiedad. En efecto, asienta:

La autoridad es un reflejo del hecho [...] de que la sociedad humana es, en buena parte, un conjunto de acuerdos a través de los cuales algunos seres

³⁶ *Ibid.*, p. 54.

³⁷ Marx ve el papel que juega la división del trabajo en la sociedad para impulsar el comercio. Asimismo, estudia la diferente forma en que, en la sociedad capitalista, se desarrolla la división del trabajo en cada empresa y en el conjunto de la sociedad, lo cual le permite explicar que frente a la planeación de la producción y al dominio y despotismo del capital sobre el trabajo en cada empresa, impera la anarquía en la sociedad cuya producción está subordinada al objetivo de la ganancia y de la distribución de los recursos por el mercado. Cfr. Marx, Carlos. *El Capital*, op. cit., Tomo I, vol. 2, pp. 427-437.

humanos se las arreglan para extraer plusvalía económica de otros seres humanos, y para convertir esto en cultura y también del hecho de que la extracción del excedente no es todo lo que hay en las sociedades humanas y tampoco es la única fuente de la cultura. La autoridad implica obediencia sobre la base de algo más que el simple miedo a la coerción, de modo que es necesario ver qué es lo que más pesa en la práctica.³⁸

Cabe recordar que para Marx también la autoridad se impone sobre algo más que el miedo a la coerción y que la cultura imperante en cada sociedad es la que corresponde a los intereses de la clase dominante; pero asienta que el origen de la dominación está en la propiedad de los medios de producción y que de acuerdo con las formas que adopta el régimen de propiedad se extrae el excedente y se establecen las reglas que justifican y legitiman esa extracción. Pienso que esto concuerda con la historia, pero no se deben descuidar otros elementos y creo que es un acierto de Moore ver el papel que juegan la división del trabajo y los elementos culturales para provocar o inhibir la rebelión contra la injusticia. Para este autor, la violación de las reglas sociales provoca coraje hacia la injusticia y éste es un componente fundamental del agravio moral. A su vez, la acumulación de agravios morales puede provocar estallidos sociales, aunque éstos son más raros de lo que comunmente se cree, ya que la pasividad de la mayoría de los hombres y mujeres ha mostrado ser lo más común a través de la historia.

En suma, plantear que sigue vigente el marxismo demanda al mismo tiempo no tomarlo como dogma, sino como una teoría científica y, como tal, siempre en construcción, confrontándola con la realidad cambiante.

No puede negarse el problema de la anarquía que implica el mercado como regulador de la distribución del trabajo y los recursos materiales en las diferentes esferas y ramas de la producción, y la contradicción entre la satisfacción de las crecientes necesidades sociales con el objetivo de la ganancia surgida de la explotación del trabajo asalariado. Estas contradicciones, como veía Marx, ocasionan un gran desperdicio de fuerza de trabajo y de recursos materiales, que se expresa en la paralización de la producción,

³⁸ Cfr. Moore, Barrington. *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, pp. 23-24.

en el desempleo y en el problema de vender lo producido, a la vez que imperan el hambre y una serie de necesidades que podrían resolverse empleando productiva y racionalmente a los hombres y a los medios de producción paralizados. Pero como esto ha mostrado ser incompatible con el capitalismo, prueba la vigencia del marxismo. Sin embargo, la transformación socialista no parece hoy estar al alcance de la mano, ni siquiera está en la agenda de los movimientos sociales. Es una realidad que los acontecimientos de los últimos años han tenido como efecto el fortalecimiento de la ideología que identifica socialismo con autoritarismo. Ha cobrado fuerza la idea de que el derrumbe de los regímenes de Europa del Este prueba la inviabilidad del socialismo, sin mayor análisis de la falsificación del proyecto en esos países, como fue concebido por los teóricos del marxismo, y de las condiciones en que se produjo esa falsificación. Todavía están en curso los acontecimientos y habrá que estudiarlos a profundidad. No podemos saber cuánto tiempo pasará antes de poder sacar conclusiones más o menos certeras.

De todas formas, el socialismo no se percibe en la agenda inmediata de las luchas sociales. Es más, cobran fuerza movimientos que parecen estar al margen de las clases sociales: de partidos o grupos ecologistas, de mujeres, contra la represión y en defensa de los derechos humanos y por la democracia. Además, en los países del ex bloque socialista, pero no sólo en éstos, se multiplican las luchas étnicas y religiosas.

Hay quienes argumentan que estos movimientos pueden resolverse dentro del capitalismo o que no tienen que ver con la lucha de clases. En torno a esto cabe preguntarse:

- ¿No representa una contradicción insalvable la demanda de conservación del medio ambiente y el objetivo de la ganancia, que es el móvil de la producción capitalista?
- ¿Puede, dentro de este régimen, existir una democracia plena? o bien, ¿no es incompatible la democracia social con la rentabilidad del capital? o bien, ¿es compatible una distribución equitativa del ingreso con el objetivo de la acumulación del capital y su tendencia a la concentración y centralización?
- ¿Pueden mantenerse la dominación y explotación capitalistas sin recurrir a la represión y a la violación de los derechos humanos?

- ¿Es que las luchas étnicas y religiosas están desligadas de la lucha de clases? Aunque en torno a esto hay que estar alerta, pues los aspectos culturales tienen una dinámica diferente a la económica y no hay que despreciar su peso en los movimientos sociales; sin embargo, en su raíz están la desigualdad y la injusticia, frecuentemente ligados a la persistencia de la acumulación originaria que se entrelaza con la acumulación de capital en las formas más avanzadas.

Hoy día podemos percibir el surgimiento de diversos movimientos protagonizados por sujetos con proyectos que no pueden cumplirse en el capitalismo. Cabe la posibilidad de que estos movimientos confluyan y, además, de que con el avance de la internacionalización del capital —eufemísticamente llamada globalización— y de la explotación del trabajo asalariado, despierte la dormida conciencia proletaria.